

Obituario

Esteban Pinilla de las Heras

Salvador Giner

El 4 de junio, a los setenta años de edad, murió en Barcelona Esteban Pinilla de las Heras. Esteban Pinilla nació y vivió en Barcelona, ciudad a cuya vida intelectual contribuyó de manera señalada. Era de origen familiar soriano y siempre retuvo un talante de castellano viejo. Autodidacta de formación, perteneció de lleno a la generación entre cuyos nombres se hallan los de Josep Maria Castellet, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y Manuel Sacristán. Miembro con ellos del grupo y revista *Laye*, publicaría más tarde un libro sobre su época y entorno: *En menos de la libertad* (1989). Es éste un texto clave para comprender sus vicisitudes y aportación crucial a la cultura española durante el decenio de los años cincuenta. Fue entonces cuando la generación barcelonesa siguiente trabó conocimiento con Pinilla y con el resto del grupo, a través de los buenos oficios de Castellet. Esta nueva generación iniciaría su proceso de emancipación intelectual contra la dictadura en buena medida bajo el ejemplo e inspiración del grupo *Laye*.

Esteban Pinilla pasó por aquel entonces del estudio espontáneo de la historia al de las relaciones internacionales y de éste a la sociología. Esta la descubrió, curiosamente, después de que lo hicieran algunos de sus más jóvenes cultivadores en Cataluña. Su práctica entusiasta le estimularía a dejar su empleo en un gremio empresarial barcelonés, para dedicarse de lleno a la vida de investigación y también a la académica, si bien ésta última la conocería de un modo algo heterodoxo. Junto a Lluís Carreño y a quien esto escribe fundó en 1963, con varios colegas madrileños, la *Revista Española de Sociología*, de la que la autoridad competente permitió que saliera el número 0 (*sic*, una argucia contra la censura) y al año siguiente, el 1. Otros miembros del peligroso «colectivo», como empezaba a decirse, que la lanzó, eran Alfonso Ortí, Elías Díaz, Ramón Tamames, Alfonso Sastre y Eloy Terrón. En el primer y último número legal apareció su notable papel «Sobre ciertos problemas que plantea la noción de estructura social». Tal vez convendría reimprimirlo, puesto que no se encuentra.

Sin poder encajar en la universidad española Pinilla se incorporó al Laboratorio de Sociología Industrial de la *École des Hautes Etudes de Paris* y desde allí realizó notables trabajos de campo —varios de ellos en el equipo de

Alain Touraine— en la Argentina, Turquía y lo que era a la sazón Yugoslavia. Mientras esto escribo todavía su lóbrega y libresca casa contiene la pared del pasillo cubierta con mapas de villorrios anatolios, dibujados a lápiz por Pinilla para entender su estructura espacial y de propiedad familiar. Fue ésta su fase científica más fructífera. Y también docente. En España, cuando me incorporé a una universidad inglesa, me sustituyó en unos cursos introductorios que daba en un centro privado, aunque ciertamente carente de todo afán lucrativo. Impartimos juntos curso otro más tarde, igualmente marginal, en unas aulas (Dios nos lo haya perdonado) que los reverendos padres escolapios pusieron a nuestra aviesa disposición. Eran los años 1964 a 1966, y con las consabidas excepciones, enseñar sociología era también para muchos —no para todos— hacer una crítica inmisericorde de la dictadura. Algo después época regresó a España Francisco Marsal, desde Buenos Aires, y se incorporó a la nueva Universidad Autónoma en Bellaterra. Desde allí encontró pronto un lugar docente para Esteban Pinilla. Su integración en la universidad española se empezó a hacer realidad por fin gracias, sobre todo, a Pancho Marsal.

Sus pesquisas sociológicas habían comenzado a salir a la luz. En 1965, Edicions 62 publicaba *L'empresari català*, cuya versión revisada castellana, de 1968, *Los empresarios y el desarrollo capitalista* constituye un hito singular en el desarrollo de la sociología empírica española. Pinilla comenzó entonces a trabajar con el apoyo de la Fundación Jaume Bofill, merced a un encargo que ésta le hiciera en 1969. Tras él realizó una amplia encuesta y estudio que la misma Fundación publicó en cinco volúmenes-fascículo bajo el título genérico de *Immigració i mobilitat social a Catalunya*, un trabajo cuyo eco en la prensa no fue poco y que encontró una respuesta notable entre los sociólogos. El CIS publicaría su versión castellana en 1979 bajo el título de *Estudios sobre cambio social y estructuras sociales en Cataluña*. El invariable apoyo de la Fundación Bofill, y en especial el de su director, Jordi Porta, no le fallaría ya nunca. Varios sociólogos catalanes —Àngels Pascual, Marina Subirats— se beneficiaron de trabajar con él en aquella época. Otros —el ya mentado Lluís Carreño, Francesc Mercadé— mantuvieron con él, en el forzoso aislamiento al que pronto le obligaría una larga dolencia, un diálogo permanente y fructífero.

En efecto, a principios de los años sesenta Pinilla sufrió un accidente y, poco más tarde, contrajo una leucemia, que lo confinaron a su casa. Ello no le impidió seguir trabajando. En 1970 había aparecido en Buenos Aires su *Reacción y revolución en una sociedad industrial* y más tarde, en Barcelona, su *Crisi i anticrisi de la sociologia*, publicado por la Fundación Bofill en 1987 y en castellano al año siguiente por Barcanova. Si el primer texto refleja su experiencia directa de los acontecimientos parisinos del 68, el segundo, algo desigual, representa una notable aportación al tema —tan popular en su día— de la supuesta crisis de la disciplina sociológica. Pero antes de que aparecieran estos textos Pinilla había publicado ya varios estudios y ensayos, algunos de ellos, a mi juicio, muy perspicaces. Descuella entre ellos el al parecer nunca leído ni citado «España: sociedad de diacronías», publicado en la revista democrática *Mañana*, que desde su exilio en París dirigía Francesc Farreras. De ella salieron sólo diez

números, pero fueron muy leídos entre la oposición democrática, hasta que, tras ella, empezaron a aparecer los *Cuadernos de ruedo ibérico*.

La relación de Pinilla con Cataluña fue en algún caso algo complicada. Arropado sin ambages ni reservas por su sociedad cívica (que es sólo una parte de la civil), Pinilla se adhirió —según él por teléfono y sin conocer a fondo el texto— al *Manifiesto de los 2.300* (marzo de 1981) que sus firmantes presentaron como un alegato en defensa de la lengua castellana, que consideraban amenazada por la política lingüística del gobierno catalán. El *Manifiesto* tenía entre sus firmantes a algún miembro de la Junta de la Asociación Catalana de Sociología (entusiasta cofundadora de la Federación Española, como es sabido), y contra cuya actitud tuvo que pronunciarse el pleno de su I Congreso de Sociología, que se celebró un mes después. En todo caso, es falsa la noción de que Pinilla fue postergado o marginado en su tierra tras la aparición del *Manifiesto*. Durante un tiempo, Esteban Pinilla representó a los socialistas de Enrique Tierno en Cataluña, pero mantenía muy cordiales relaciones con socialistas catalanes, como el mismo Joan Reventós. De la integración de Pinilla dentro de la sociedad catalana de la que formaba parte no cabe duda alguna. Hubo, en cambio, un cierto aislamiento personal, quizás debido más que a otra cosa a lo hurraño de nuestro hombre, capaz de extemporáneas e inexplicables salidas hasta contra sus propios fieles. Esto podrá juzgarse como secundario y hasta como harina de otro costal, pero ha sido un buen pretexto para afirmar que ha habido olvido intencional y que Esteban Pinilla fue sometido a la soledad en sus últimos años: de esta noción se ha hecho eco por lo menos algún periodista. Me temo, pues, que a su relativo aislamiento se le han atribuido causas extrapersonales —de carácter ideológico o político, por ejemplo— absolutamente inexistentes. Así, un puñado de amigos, ante la esfumación absoluta de su familia, estuvo a su lado sin interrupción a lo largo de sus muy difíciles últimos tiempos.

Esteban Pinilla de las Heras ha dejado un considerable número de escritos inéditos y una correspondencia interesante, que por voluntad suya pasarán a engrosar los fondos de la biblioteca de la Universidad Fabra. Forman algo así como una autobiografía intelectual y vital que retrata y analiza a la vez el mundo en que vivió con una fuerte mezcla de pasión y deseo de objetividad. Pocas semanas antes de su muerte, la *Revista Internacional de Sociología* publicaba en su número 5 un sobrecogedor relato suyo. (Recibió el ejemplar con la infantil alegría de un autor novel.) Tras describir la violencia privada y el fanatismo público de las bandas armadas durante los primeros días de la guerra civil, que él presenció atónito de muchacho, Esteban Pinilla reflexiona en él con una serenidad que no siempre solía acompañarle sobre el terrible significado de aquella inútil barbarie. Y como todo buen sociólogo, generaliza. Lo hace con singular lucidez: proyecta aquella historia vivida sobre la miseria de todas las demás barbaries inútiles que hoy asolan al mundo y que empequeñecen y avergüenzan a la raza humana.